

Ese experimento llamado cuarentena. Hoy leemos sus efectos

Paula Pioletti

Pasaron cinco años y siete meses. Hoy recibimos los efectos de ese tiempo en que el gobierno Nacional dispuso el aislamiento social preventivo y obligatorio para evitar la circulación y el contagio del virus de COVID -19.

No fueron para nada momentos fáciles. Las infancias y adolescencias vieron interrumpida de manera abrupta su cotidianidad -jardines, escuelas, universidades, clubes, plazas, cines, etc.- todo lo que conocían hasta el momento se cerró.

La vida se sostuvo de la virtualidad con mucho énfasis, y cuando el aislamiento se convino con la modalidad híbrida, 12 meses después, empezaron las burbujas educativas.

Si previo a la pandemia, el proceso de sociabilización estaba en marcha, este se interrumpió. Los celulares, las pantallas interactivas, los festejos de cumpleaños por una aplicación de video sincrónica, los campings armados debajo de la mesa del living con linternas y sábanas a modo de carpas improvisadas, “los científicos locos” -grupo de entusiastas científicos que hacían experimentos para los chicos con los recursos que había en las casas- como nuevos animadores para las infancias a falta de peloteros, canchitas de fútbol, globología o globoflexia, constituyeron el modo en que lo social intentaba recrear la vida que teníamos y que el covid con la cuarentena amenazó.

Todo improvisado, pero sabiendo que algo irremediablemente había que hacer. Las infancias atravesaron un momento histórico único, como nos enseñaba hasta las lágrimas el video que realizó el docente Pablo Yafe coordinador del colegio Tarbut de Olivos, el 30 de marzo de 2020, sobre ser estudiante en tiempos de coronavirus. Este video ponía nombre a las cosas, decía: “la escuela está abierta, no los edificios.” Un video que se convirtió en una carta abierta a los estudiantes para que se sientan parte de una hazaña colectiva, sujetos históricos en el momento en que el acontecimiento estaba transcurriendo. Un video que prometía que esto iba a terminar y que el futuro existe, y que ellos, protagonistas de este presente, iban a ser los narradores del mañana.

La cuarentena cambió el tiempo y el espacio. Dos registros que nos permiten tener ciertas coordenadas aunque ilusorias sobre quién somos y quiénes son los otros. No había tiempo para estudiar cómo hacer mejor las cosas, de ahí la improvisación de los adultos en ensayar respuesta a lo inédito. Cómo sostener la cotidianidad en un espacio distinto, con vínculos diferentes, con soportes disímiles. Los adultos y los niños aprehendiendo en tiempo record y a la vez, cómo llevar adelante terapias, juegos entre niñxs, aprendizajes, cumpleaños, ocio y trabajo. Recuerdo en una escena con un niño por videollamada, jugar al juego del garabato. Él hacía el garabato y me lo mostraba por la pantalla, yo lo intentaba reproducir, y cuando él daba su consentimiento a mi intento por imitar sus líneas, lo

transformaba en algo. Luego era mi turno, y así jugando construíamos a través de la pantalla, con la mirada, la voz, los ruidos de ambiente de las casas, el diálogo analítico. La vida era un gran garabato de líneas entrecruzadas, sin forma, donde intentábamos hacer que emergiera algo, transformarlo en un objeto, que nos diera chances de poner en palabra el aceleramiento que vivíamos, el silencio que habitaba afuera, la desconexión de los lazos sociales y familiares con los que nos rodeaban. El encierro con o sin gente.

Pese a eso, el mundo no era un caos, era un orden muy protocolizado. Los niños se circunscribieron a ese espacio endogámico, donde se intentaba descubrir nuevos modos de salir estando adentro. Series, películas, charlas online, teatro por virtualidad. Cinco años después, los niños encuentran en esa virtualidad de modo privilegiado frente a los adultos, música, cuestiones de actualidad casi al momento que surgen como en una instantánea, entrevistas a sus deportistas preferidos, series y el rápido contacto entre ellos mientras juegan juegos de internet y conversan por videollamada.

Qué efectos encontramos de ese intercambio social protocolizado e hipertecnológico

Hoy recibimos a esos niños que nacieron en pandemia, padres angustiados y aislados del vínculo familiar. No era lo esperado. Recibir un hijo en soledad y aislado de la comunidad, en la soledad de una clínica. Luego, la casa que no se abre a los de afuera. No era lo soñado. La angustia por enfermar a un ser querido, transmitir a los más vulnerables de la familia un virus que podría “irresponsablemente” quitarles la vida, era una carga muy pesada. El miedo era un sentimiento muy divulgado. Las pérdidas de familiares sin ritos ni ceremonias colectivas, fueron un acontecimiento desolador.

Muchos padres se sintieron responsables durante la cuarentena, aceptaron separarse de sus hijos ante posibles signos de contagio, o forzaron desvinculaciones si eran padres divorciados para no circular por el aislamiento. También hubo familias que atesorarán de por vida, esos momentos en que pudieron ser para sus hijos e hijas además de padres, tutores educacionales, profes de música y compañeros de juego como nunca hubieran imaginado.

Relatos como el siguiente escuchamos en la clínica:

Una madre obligada a ir a trabajar en pandemia deja a su bebé de 6 meses en casa, ni bien termina su licencia por maternidad, ella siente que va presionada a trabajar, su profesión es de esas que eran catalogadas como “personal esencial” en la cuarentena. Cuando tiene su segunda hija cuatro años después de la primera, en el momento en que tendría que volver al trabajo, después de tomarse los 6 meses de licencia y los otros tantos sin goce de sueldo, sufre un ataque de angustia. Estos ataques se repiten configurando una licencia por enfermedad. ¿Qué pasó? A la primera hija la dejó en su casa, la niña no sufrió ningún padecimiento psíquico además, la enfermedad no la tocó ni a ella ni se contagió

ningún familiar. Pero, con su segunda hija, terminada la pandemia, surge la angustia de separación, esa angustia que no tuvo lugar 4 años atrás porque no había tiempo para eso. No se podía tramitar en el momento del acontecimiento sino que ahora, con efecto retardado surge la angustia. La madre relata -“Mi hija mayor es muy independiente de mí, a veces me pregunto cuánto me quiere. Yo sufro con su independencia. Que ahora tenga escenas de celos con su hermana, en el fondo algo de goce me da ya que me hace sentir que me necesita”. Un duelo retenido que se escucha y se pone a trabajar 5 años después de la pandemia.

La dificultad de volver a la escuela y a las terapias. Los consultorios de los psicólogos se abrieron en septiembre del 2020, y sin embargo, muchos analizantes son renuentes a volver a la presencialidad. Volver a habitar los edificios sobre todo con adolescentes pero también con adultos, se convirtió en un trabajo. En mi caso los he esperado, porque en el fondo, responden a lo que los psicólogos ofrecimos y propiciamos -esa demanda de atención en tiempo de cuarentena-, y a lo que sus padres pedían a gritos -¡quedate adentro, no salgas!-, quedando como marca de ello, esta resistencia. Los niños pequeños volvieron a jugar en presencia de otros, con mucha más frescura y naturalidad. Por el contrario, adolescentes más encerrados en sus dormitorios, con toda la ingeniería tecnológica a disposición, aunque más no sea un celular con internet. Presentaciones de jóvenes muy inhibidos ante la presencia de sus pares, con abulia, haciendo que los trayectos escolares se dificulten, obstaculizándose las salidas y recorridos con y hacia los semejantes. Chicos y chicas que quedaron sin rituales de pasaje entre primaria y secundaria, sin festejos de 15 años, sin fiestas de egresados, claramente “una cagada”, como ellos dicen coloquialmente. Recordemos que los medios de comunicación tampoco los trataron muy bien, eran el punto de mira de una sociedad moralizante y despiadada con los más jóvenes, que les reprochaba fiestas clandestinas por doquier, aunque muchas eran de adultos jóvenes y no de adolescentes, promiscuidad en el contagio del virus de covid por compartir el mate, etc. Conformaron desde la mirada oficial un sujeto social peligroso, guardando celosamente bajo el tapete, todo lo que sacrificaban de sus vidas y sentires.

Llega al consultorio un joven que en pandemia hizo dos años de universidad de manera virtual. Una vez recibido, inicia su trayecto profesional con dificultades laborales. Un jefe tiránico y despiadado, que lo denigra a él y a su desempeño laboral. Hasta tal punto se angustia con ese jefe que renuncia. Durante el tiempo en que es empleado había tenido ataques epilépticos que remiten cuando deja la relación laboral. Él sabe que con eso se pierde una chance muy importante de hacer carrera en lo que le gusta, y que no hay muchos lugares dónde poder desarrollar lo específico de su profesión. Ante la situación vivenciada aparece el miedo al contacto social. “Yo no soy bueno para hacer entrevistas laborales, me pongo muy nervioso. También me da miedo irme de mi casa paterna.”

Conseguir trabajo fuera de la ciudad o irse a vivir al exterior, le da pánico. Empieza a formarse a través de cursos online en actividades que no eran de su formación profesional, más que nada porque suponía que de esa manera podría acceder a un trabajo remoto. No quiere desplazarse, vestirse para ir a una oficina, salir del confort de su habitación. Además podría ganar más dinero y tener menos gastos. Su padre le sugiere tratamiento psicológico por IA, pero él lo rechaza. El sólo venir a la sesión presencial lo motiva, lo hace salir del letargo. Esta “solución” de buscar un puesto laboral vía remota para no interactuar en la contingencia del lazo social, de no haber mediado el tiempo de la cuarentena, ¿hubiera sido una elección sostenida por él y tan promocionada por la época?

La pandemia terminó, pero la cuarentena, ahora reducida a la libertad individual, la soledad de cada uno, la indiferenciación del tiempo y del espacio (de trabajo y de ocio) y al temor asociado a una salida colectiva de los problemas comunes que nos aquejan, está más vigente que nunca.

Referencias bibliográficas:

Winnicott, D. (1971). Clínica psicoanalítica infantil. Ed. Hormé, Buenos Aires.